



¿CUAL ES LA EDUCACION MAS VALIOSA?

Por Will Durant

HACE setenta y cuatro años que Herbert Spencer, en un combativo librito sobre educación, desafió al mundo escolástico con esta pregunta: ¿Qué conocimientos son más valiosos? Desautorizaba Spencer la devoción de los jóvenes por las lenguas muertas, las antiguas culturas y las ya fatigosas musas del siglo dieciocho inglés; tal educación, decía, sólo puede conducir a un aristocrático aburrimiento, henchido de citas clásicas. Educado como ingeniero, viviendo en el apogeo de la revolución industrial, escuchando el llamamiento que de hombres expertos hacían las máquinas, y presenciando con placer el encumbramiento de la clase media a la dirección económica y política, Spencer pedía una formación escolar que preparase al hombre para la vida moderna, que le situase sólidamente en las ciencias físicas y biológicas, y que le preparase, con un sentido claro de la realidad, para la resolución de los problemas de la técnica y la industria. Se expresaba Spencer con tal nitidez y energía, y el espíritu de los tiempos le era a tal punto adicto, que su causa pudo cantar victoria antes de que él muriese. América, que no tenía el estorbo de las tradiciones fuertes, le escuchó con gusto; Alemania, industrializándose en el curso de una sola generación, con el producto de la indemnización de Francia, aplicó las nuevas teorías con su característica escrupulosidad y su fuerza; el Japón, impulsado hacia la industria y el comercio por un mundo que insistía en sacarlo de su placidez y agotamiento agrícola; y, bajo nuestra mirada, Rusia, que sigue esos mismos lineamientos en la política de su gobierno y en la formación de su juventud. El saber es la fuerza.

Hoy, aquellos educadores nuestros que en otra época guiaban resueltamente por los caminos del fervor técnico y científico, en las escuelas de Norte-

américa, están preocupados con el alcance de su victoria y asisten apesadumbrados a la realización de su ensueño. Y no es que se duelan de sus esfuerzos ni se retracten de sus propósitos; saben muy bien que toda nación debe escoger entre la industria y la esclavitud; que debe armar a sus ciudadanos con la ciencia y la técnica, para vencer en la competencia del mundo industrializado; estas cosas no son materia de elección, porque los países no viven en un oasis de libertad y de paz. Pero nuestros educadores conscientes se dan cuenta de que, tras una generación de esfuerzo escolar, no han logrado formar siquiera el tipo del caballero; que la prodigalidad de pertrechos en nuestras escuelas no ha servido para disminuir la corrupción política, las irregularidades sexuales o los crímenes violentos; que ciertas virtudes, en otros tiempos honradas por nuestros antepasados, parecen hallarse desterradas en una generación más sutil que la precedente en el talento del mal; y que el fervor por la ciencia no ha traído ningún aumento visible en la inteligencia del pueblo, ni dignidad de paz en las almas. Esta situación se debe más bien a cambios económicos que a negligencias pedagógicas; pero los educadores comienzan a pensar si la escuela no se ha alejado en demasía de los encantos del intelecto, si no ha ofrecido más que una débil resistencia a las fuerzas del desorden y la corrupción. Cuando Spencer preguntaba qué orden de conocimiento es más valioso, traicionaba su afirmación secreta de que la educación consiste en la transmisión de conocimiento. ¿Es esto así? ¿Qué educación es la más valiosa?

La educación más valiosa será aquella que presente al cuerpo y al espíritu, al ciudadano y al Estado, las posibilidades más plenas para una vida armoniosa. Tres principios básicos determinan una educación y definen sus ideales: En primer término, el dominio sobre la vida, a través de la salud, el carácter, la inteligencia y la técnica; en segundo, el goce de la vida, a través de la amistad, la naturaleza, la literatura y el arte; y, en tercero, la comprensión de la vida a través de la historia y la ciencia, la religión y la filosofía. Dos procesos constituyen la educación y se adunan en ella; en el uno, la raza transmite al individuo su herencia acumulada y profusa de conocimientos, técnica, moral y arte; en el otro, el individuo aplica esta herencia al desarrollo de sus capacidades y al adorno de su vida. En igual proporción en que el individuo asimile esta herencia se transformará de animal en hombre, de salvaje en civilizado; y, seguramente, si ha sabido asimilar, dejará atrás al palurdo y se convertirá en un sabio. La educación es el perfeccionamiento de la vida, el enriquecimiento del individuo mediante la herencia de la raza. Si este proceso de transmisión y absorción se interrumpe por media centuria, la civilización caminará a su fin; y nuestros nietos llegarán a ser más primitivos que los salvajes.

II. EL DOMINIO DE LA VIDA

Pero estas son simples generalidades, que ya se habían escuchado antes en las cátedras de educación y filosofía. ¿Qué tipo de educación, de un modo personal y particular, desearía yo para

mis hijos? Antes que nada, y dentro de los límites que imponen la naturaleza y las circunstancias, yo desearía que ellos adquiriesen algún dominio sobre las condiciones de sus propias vidas. Puesto que la primera condición de la vida, y la más honda raíz de felicidad, es la salud, desearía verlos plenamente instruídos en el conocimiento y cuidado de sus cuerpos. El cuerpo es la forma visible y el órgano del espíritu; sin duda, en cierto sentido lamarckiano, y a través de eones de anhelo y esfuerzo, el alma es la creación del cuerpo—la forma sigue a la función, la función sigue al deseo, y el deseo es la esencia de la vida. Por consiguiente, no existe ningún alarmante epicureísmo en el deseo de estar físicamente sano y limpio; la limpieza sigue en rango a la santidad, y es cosa difícil ser vicioso cuando se goza de perfecta salud. Yo crearía por lo que respecta a la educación de la salud un curso obligatorio en cada año de escolaridad, desde el kindergarten hasta la Escuela de Altos Estudios. Querría que mis hijos aprendiesen tanto acerca de la estructura y funcionamiento, cuidado y curación de sus cuerpos, cuanto pudiese ser enseñado en una hora diaria en quince años de escuela. Querría que los médicos aplicasen la medicina preventiva en las cátedras, mediante exámenes y reconocimientos, con la esperanza de que ello reduciría el acostumbrado tasajeo en los hospitales. Desearía que nuestros dentistas, mediante una educación ininterrumpida, impartida a los alumnos, mejor que aconsejar la orificación de los dientes les inculcasen la necesidad de una alimentación rica en calcio. Y si llegase el día en que nuestros especialistas se pusiesen de acuerdo acerca de lo que realmente saben y aceptan, yo les pediría que enseñasen en la escuela los principios de la alimentación durante una hora semanal, por no menos de quince años, de tal modo que nuestro pueblo pudiese hacer con inteligente discernimiento los cambios dietéticos requeridos cuando se pasa de una vida de ejercicio físico al aire libre, a una vida sedentaria. Les enseñaría, antes que nada, a estar sanos y limpios, con la esperanza de que todas las demás cosas se les diesen como por natural resultado.

Cuando hubiese construído un recio pedestal para el cuerpo, yo atendería en seguida a la formación del carácter. Pediría a esos augustos educadores que tienen a su cargo la vital misión de elegir maestros para nuestras escuelas, que los seleccionasen, y hasta donde ello es posible, que los formasen, no únicamente atendiendo a la competencia en la técnica en tal o cual cerrada especialidad, sino a la influencia que sus personalidades, su moralidad y sus maneras pudiesen tener sobre los niños. La moralidad y la corrección no pueden fácilmente enseñarse, pero pueden formarse; y la presencia de un caballero—esto es, de un hombre que siempre merezca este título—obra como una influencia mística sobre el desarrollo de las almas. No tenemos en nuestro idioma una palabra que exprese, en relación con el sexo débil, las cualidades que tratándose del sexo varonil, quedan actualmente connotadas con la palabra "caballero"; "dama" nos despierta más bien la imagen de una altiva y enojada duquesa; no la de aquella simple comprensión bondadosa de la mujer que ha traído

niños al mundo y les ha consagrado su amor. Si yo pudiese conseguir comprensión para mi sistema reaccionario, haría una separación de sexos en las horas escolares, aunque educaría a ambos en las mismas escuelas. La educación de los muchachos la encomendaría a verdaderos "caballeros" y la de las muchachas a verdaderas madres. No sabría yo decir, pero es de temerse, que la relativa esterilidad de nuestras mujeres ilustradas sea debida al hecho de haber sido formadas por mujeres condenadas a la esterilidad, en virtud de temores económicos y prácticas absurdas.

Puesto que la moralidad hunde biológicamente sus raíces en el seno de la familia, yo basaría la instrucción moral en una deliberada exaltación de la vida familiar. Resucitaría el antiguo estigma que iba unido al celibato, y estimularía, con la mayor delicadeza posible, el talento moral del matrimonio a la edad requerida. Trataría de inculcar en el individuo un sentimiento de obligación racial, más relacionado con la buena salud que con la abundancia. Le inculcaría también al individuo, como un buen chino, la virtud de la piedad filial, fundamento de toda moral sólida; un buen hijo es siempre un buen hermano, un buen padre, un buen vecino, un buen ciudadano. Extendería a la ciudad y a la nación los principios de la familia; demandaría una persistente instrucción moral que ayudase al individuo a considerar a su vecino hasta cierto punto como su hermano, y a su comunidad, hasta cierto punto, como la propia familia; y que aplicase a los individuos, en proporción con su desenvolvimiento y fortaleza, aquellos principios de ayuda mutua que la familia infunde en las almas como la primera necesidad de la existencia social y el ideal más elevado en cualquier organización social.

Solicitaría de cada comunidad una breve declaración de sus ideales morales, para inculcarlos diariamente en las escuelas; un código de conducta adaptado a la vida urbana e industrial, y adecuado para estimular la conciencia individual, el honor comercial y la dignidad cívica. Le pediría a cada Estado que instituyera y alentara las organizaciones semejantes a los boy scouts y las girl scouts, que pudiesen inculcar en los caracteres en formación y desarrollo ese vigor y salud que los preceptos por sí solos no logran infundir; "la excelencia moral—decía Aristóteles—, es una costumbre, no una idea". Tampoco dudaría un solo momento en inculcar a los niños un patriotismo generoso y profundo, pues aun cuando quiero y respeto a todas las naciones y razas que han contribuído a enriquecer nuestro patrimonio racial, no puedo entender cómo podría una nación defenderse, si sus ciudadanos no han aprendido a amarla de una manera especial, como a su corazón y hogar nacionales. Ambicionaría infiltrar, día con día, el desdén de la violencia y el respeto a las leyes, pero no sin exaltar la libertad como la esencia de la personalidad, lo mismo en el individuo que en el pueblo; y por las noches abriría las puertas de las escuelas para que aquí se reuniesen las asambleas que el pueblo quisiese efectuar. Enseñaría no tan sólo las formas e ideales de gobierno, sino, también, su realidad palpitante, a efecto de que los niños no llegasen a aceptar las corruptelas como

cosa natural y universal, sino, antes bien, pugna- sen sin descanso hasta no conseguir que nuestra vida pública fuese tan limpia y honesta como la que más lo haya sido. En una palabra, no dejaría de tener presente que la finalidad de la educación no es tanto formar escolares, como formar hombres.

Sin duda, el mejor conocimiento práctico que a todo maestro debiéramos pedir que impartiese a sus alumnos, es la habilidad para disciplinarnos a sí propios, porque en este mundo carente de ideales, para el individuo como para el pueblo, se abren tan sólo dos posibles caminos: el efectivo dominio de sí propio, o una práctica esclavitud. En el arte de la disciplina personal la inteligencia se combina con el carácter y llega a ser el tercer elemento en aquella técnica del saber dominarse, que es el objetivo ideal de la educación. Sócrates pensaba que la inteligencia es la única positiva virtud; y si se sabe apreciar como es debido la diferencia que existe entre intelecto e inteligencia, se concederá cuán virtuosa e inteligente es esa opinión. Intelecto es la capacidad para adquirir y acumular ideas; inteligencia es la habilidad para usar de la experiencia—incluso de la experiencia de los otros—, para la depuración y logro de un determinado fin. Puede tener el hombre un millón de ideas y no obstante ser un criminal o un loco; es difícil, en cambio, que una persona inteligente caiga en tales extremos.

¿Cómo podrá educarse la inteligencia? He aquí un tema esotérico, en el que no tengo yo la necesaria competencia, y que prefiero dejar a hombres como el doctor Dewey o al profesor Edward L. Rhoads, que pueden abordarlo desde el fondo de su larga y paciente experiencia. Desde que tales investigaciones hicieron patente que la enseñanza, en su mayor parte, se basa en prueba y error, pudimos provisionalmente concluir que la inteligencia difícilmente puede ser enseñada en la escuela y que ha de adquirirse a través de la experiencia y la acción. El valor de la instrucción y la literatura está en que nos capacitan para adquirir una mayor experiencia que la que podemos captar en lo personal; leyendo a Tucídides, por ejemplo, podemos asimilarnos algo de la experiencia de Grecia; leyendo a Dostoiewsky, podemos adentrarnos hasta cierto punto en la vida de la Rusia zarista; leyendo "Las Conversaciones de Napoleón", percibimos algún destello del mundo, visto con la mirada de uno de los espíritus más realistas de la historia. Pero esta experiencia prestada es siempre vaga y superficial; en primer lugar, porque sólo los grandes escritores consiguen captar y develar la esencia y significado de la vida; y, en segundo lugar, porque las cosas leídas pocas veces se adentran tan hondamente en la memoria que lleguen a influir sobre nuestra conducta y carácter. La ciencia, cuando es realmente ciencia, contribuye más que la literatura a la formación de la inteligencia; porque la ciencia procede basándose en el archivo de una evidencia ya tamizada, por la rígida distinción entre los ideales y los hechos y las pruebas experimentales de las conclusiones hipotéticas, por todo lo cual puede formular conclusiones de experiencias ya verificadas. Por medio de las matemáticas, la física y la química, uno puede llegar a un convencimiento conforme

con la evidencia, y sopesar toda evidencia con espíritu escéptico; si estos hábitos mentales pudiesen ser formados en todos los hombres, la habilidad para leer o escuchar cesaría de ser un impedimento para la adquisición de la verdad y nuestra estrepitosa edad de propagandas llegaría pronto a su fin.

Sin duda, el mejor medio para educar la inteligencia en la escuela, se encontraría en el ejercicio de las artes manuales y domésticas. Todo niño debiera ser enseñado a manejar las herramientas usuales de carpintería y plomería, y a hacer las pequeñas reparaciones necesarias en su hogar o en una máquina; y cada niña debiera conocer los secretos de la cocina, el manejo de la casa y los cuidados maternos con los niños. Se encuentra un placer positivo en el simple trabajo manual, y, según enseñaban los viejos maestros, aun el hombre titulado, puede encontrarse con que la posesión de un oficio salva a veces su situación.

Por cuanto a las muchachas, de nada les servirá saber latín y griego, arqueología y trigonometría, si no saben dirigir un hogar, tratar con el esposo o con los niños; la fidelidad se sostiene alimentando al estómago, y los buenos platillos consiguen más en favor de la monogamia, que todos los idiomas que han muerto hasta hoy. Un idioma es bastante para cualquier mujer, y una buena madre vale por un millar de doctoras en filosofía. Yo preferiría que la joven supiese educar excelentemente a una familia, aun cuando no escribiese un centenar de los mejores libros.

III. EL GOCE DE LA VIDA

La salud, el carácter y la inteligencia nos ayudan a controlarnos y a controlar nuestras vidas y, por consiguiente, constituyen las bases de una personalidad libre y los objetivos principales de la educación. Pero el mismo Goethe, para quien la personalidad debía tenerse como fin principal, hacía notar que se halla ésta por todas partes rodeada de límites. El círculo en que han de moverse nuestras vidas es angosto; limitándolo se hallan las urgencias biológicas, económicas y políticas de nuestra condición; y, más allá de estos apremios, la vasta región de un destino accidental e imprevisible. La educación debiera enseñarnos no solamente la técnica, sino, al propio tiempo, los límites de nuestro control y el arte de aceptar sonrientes esas limitaciones.

Dentro de estas limitaciones existen tan preciosas posibilidades de alegría, que no basta una vida para agotarlas. Debiera ser una segunda actividad de la educación disciplinarnos en el arte de explotar estas posibilidades. En primer lugar, existen otros seres humanos en rededor nuestro. Tal vez resulten ser como tábanos, muchos de ellos, y hemos de enseñarnos a amar nuestro aislamiento como la fortaleza interna de nuestra satisfacción. Mas otros muchos de esos seres acaso sean, potencialmente amigos nuestros, y otros pueden ser nuestros amadores. Yo querría a mis hijos instruidos en este dar y tomar de la sociedad humana; en la tolerancia, que es la única virtud que puede preservar a una amistad contra el desarrollo de la diversidad de intereses y opiniones, y en la

solicitud mutua, que alimenta a perpetuidad las frágiles raíces del amor. Quisiera que ellos aprendiesen algo acerca del origen y el desarrollo del amor, a fin de que supiesen acercarse a esta vital, pero a veces destructora experiencia con una modesta capacidad de comprensión. Entreveo vagamente la posibilidad de un lento curso acerca de las relaciones humanas, que se iniciara tal vez con una hora semanal a los quince años y que culminaría con el estudio de lo que las mujeres más sabias, los más sutiles hombres de ciencia y los más profundos filósofos han dicho acerca del matrimonio.

Después de los seres humanos que nos rodean, la mayor fuente de nuestros placeres y nuestros dolores sería la Naturaleza misma. Me gustaría que mis hijos supiesen sentir la belleza y también el terror en la Naturaleza, y que aceptasen, de buen grado, la fatalidad de la lucha, el sufrimiento, los peligros y la muerte; pero desearía que tuviesen sensibilidad bastante para todos aquellos aspectos de la Tierra y el Universo que pueden conmover a las almas con honda suavidad y sublimidad. En mi juventud, rechazaba la astronomía, la botánica y la ornitología como tristes catálogos de nombres. Pensaba que sería capaz de gozar de las flores, los pájaros y las estrellas, lo mismo si poseía, que si me faltaba el conocimiento de su naturaleza, sus relaciones y sus nombres. Adivino ahora que estaba equivocado y que mis hijos lo están también actualmente; porque ellos también, con obstinación que no puedo menos de reconocer como propia, no quieren tener ningún contacto con esas ciencias "afeminadas". Pero yo desearía hoy haber aprendido a distinguir mejor un planeta de una estrella, un gorrión de un águila, un crisantemo de una rosa; pienso que si conociese estas fúlgidas formas más íntimas e individualmente, y pudiese llamarlas por sus propios nombres, gozaría más de ellas, cuando menos, por ese placer personal que uno experimenta ante la presencia de las cosas que nos son familiares. Realmente, yo anhelaría que los niños se sintiesen como en su casa en medio de la variedad infinita de la Naturaleza; que amasen no sólo su verdor y su florecer, sino sus místicas neblinas y sus marchiteces melodiosas; que gozasen del océano como Byron, y del sol, como Turner; de la lluvia como Whistler, y del ruiseñor como Keats. Siento que debiera seguir yo mismo un curso sobre la Naturaleza, que avanzaría plácidamente desde los años de mi infancia y que comprendería desde el descubrimiento de las Pléyades hasta el arte de cultivar un jardín. Exploraría infantilmente los Wissahickon, y acamparía entre los Adirondaxka y bogaría en sus mismas piraguas, hacia arriba y hacia abajo a través de un centenar de ríos de nombres melódicos, cual los que fascinaron en otros tiempos a los poetas de Inglaterra y les llevaron a soñar en una utopía que se hallase emplazada en las costas del Susquehanna. Me sentiría feliz mirando a mis hijos complacerse en el espectáculo de los deportes, pero más feliz aun ejercitándose en ellos. Le otorgaría crédito académico a la natación, el baseball, el foot-ball, basket-ball y a todos esos robustos juegos que requieren y desarrollan mayor inte-

ligencia y carácter que todas las conjugaciones de Grecia y de Roma.

No creo que debiera para nada marearlos con el estudio de las lenguas extranjeras. Yo estudié latín y griego durante siete años, los enseñé durante cuatro, y, de cuando en cuando, hablé por dos años más, alguna de esas lenguas. Encontré algunos momentos de placer en ellas, pero también muchas molestias sintácticas nada naturales; rarísima vez me ayudaron a gozar o a entender los genios del mundo clásico; y, actualmente, cuando quiero renovar mi trato con Homero, Eurípides, Virgilio o Lucrecio, no me vuelvo ya a los originales, que en mi memoria están asociados con una inútil faena, sino a aquellas traducciones como las que hicieron Chapman o Gilbert Murray, William Morris y William Ellery Leonard. Aun las lenguas extranjeras modernas poquísimas se avienen con las cátedras; nadie puede aprender en los libros, por mucho que repase y forcejee; y si usted quiere aprender francés, vaya a vivir a Francia, y arroje las gramáticas a los gramáticos, que son los únicos que han sacado provecho de ellas. Oímos decir que algún conocimiento del latín ayuda a escribir bien el inglés, y probablemente sea así, aunque nada es tan muerto como el inglés de los latinistas.

Por cuanto a mí respecta, prefiero entretener mi tiempo con el inglés de Bacon y Milton, Addison y Burke, Gibbon y Macaulay y Newman, que no con una lengua idiomáticamente extraña a la mía. Los filólogos alentarán al estudio y preservación del latín y el griego, por consideraciones de educación literaria, pero no hay mayor razón para obligar al estudio de una lengua muerta que para obligar al aprendizaje de un oficio desaparecido. La única cosa decente que puede hacerse con una lengua muerta es enterrarla.

Pero después de enterrar las lenguas de Grecia y de Roma, yo concedería a sus literaturas vivas mayor tiempo del que gasté en otras épocas en la osamenta seca de sus gramáticas y vocabularios. Nunca supe cuán rico fue el genio griego hasta que abandoné la lectura de aquella lengua. Los dramas de Eurípides, en su original, habían constituido para mí una fatigosa tarea; las traducciones de Gilbert Murray, tenidas por excesivas, constituyeron una revelación; déjesele al lector una hora "Las Mujeres Troyanas", y participará de mi entusiasmo; yo les perdonaría a mis discípulos el griego, pero no la Grecia; les incitaría al estudio de aquella exuberante civilización como un medio para medir y enardecer la propia; les impulsaría a escuchar las charlas de Herodoto y las vívidas biografías de Plutarco; a entretener su tiempo plácidamente con Homero y a entretenerse un poco con Safo y Anacreonte; mirarían a Solón legislando para Atenas; a Pericles gobernando las multitudes; a Demóstenes increpando a los demagogos, y a Fidias esculpiendo el frontispicio del Parthenón. Pasaríamos la página entonces y estudiaríamos a César, no la fría e insistente prosa de la Guerra de las Galias, sino a César mismo en su vívida personalidad y en su trágica vida; leeríamos la Eneida de Virgilio, como el más grato de los cuentos; saldríamos al encuentro de los primeros emperadores en el Tácito de Arturo Murphy; ex-

ploraríamos el Océano de la prosa de Gibbon y, con este autor, penetraríamos en la sombra mágica, la escolástica sutileza y la jovialidad campesina de la Edad Media, y en la fanática carnicería, la poética sensualidad y la arquitectura de encajes del Islam.

La literatura abriría luego, para nosotros, un tercer pórtico para el goce de la vida. Leeríamos Eloísa y Abelardo de George Moore, y las cartas, de profunda belleza, de Eloísa; a través de Norton o de Cary, admiraríamos el deleitable Infierno de Dante; y pasaríamos a Persia, donde nos perderíamos en las deslumbradoras cuartetas del Omar Khayyam de Fitz Gerald; triscaríamos a nuestro placer en los risueños volúmenes de Symond sobre el Renacimiento; escucharíamos a Maquiavelo sugiriendo a César convertirse con fortuna en un príncipe maquiavélico; dejaríamos a Cellini contar sus aventuras increíbles. Sonreiríamos con Montaigne y nos abochornaríamos con Rabelais; destrozariamos molinos de viento con Don Quijote, y, con Shakespeare nos arrancaríamos los corazones; aguzaríamos nuestras inteligencias con los Ensayos de Bacon y nuestras lenguas con el divino mono de Fernay; leeríamos un poco los poemas de Milton y más aun su prosa real; escucharíamos la confesión de Rousseau... Nos dejaríamos tragar gustosamente en el movimiento romántico de la poesía europea; nos exaltaríamos e irritaríamos con Byron, reiríamos y lloraríamos con Heine; confiaríamos y deploraríamos con Shelley; y con Keats, sufriríamos por la belleza y la tragedia del mundo; exploraríamos con Jean Valjean las alcantarillas de París y los horrores de las guerras de Cartago con la bella Salambó. Irrumpiríamos en el abigarrado mundo de Balzac y veríamos a Flaubert haciendo trizas a sus heroínas; compartiríamos las vicisitudes de Becky Sharpo, David Copperfield y del Pickwick Club; analizaríamos con Browning y cantaríamos con Tennyson. Retornaríamos luego a nuestro hogar y dejaríamos que Whitman cantase para nosotros su robusta canción; manejaríamos el lápiz con Thoreau y nos abandonaríamos al musical vaivén del talento de Emerson; leeríamos lentamente las cartas y discursos de Lincoln y dejaríamos que su profundo espíritu nos inundara hasta que supiésemos conocer lo mejor y lo peor de América.

¿Será este un pesado programa para los impreparados muchachos y muchachas de nuestros colegios? Pues aun queda otra espléndida avenida que debe ser recorrida con ellos, para su mayor goce y satisfacción. No las marcaría yo con el arte más allá de su propio deleite; porque la belleza no debe desperdiciarse tratando de hacerla sentir a quienes no tienen ojos ni oídos para ella. Pero si llegasen a interesarse por la pintura o la escultura, la arquitectura o la música, les brindaría todas las oportunidades. Les pediría que oyesen cada año el Concierto Emperador y la Pasión, según San Mateo, hasta que la insistencia de estas composiciones desbordara en sus almas y les levantase, ya para siempre, por sobre toda clase de ripios. A los más entusiastas discípulos les llevaría a los mejores museos y nos reposaríamos ante el Julio II, de Rafael, y ante los Rabbis de Rembrandt y algunos otros de sus cuadros; les llevaría a Inglaterra, si pudiese, a adorar todos la diosa Madre Demter,

la diosa de Fidias en el Museo Británico; pasaríamos una semana en Chartres o Rheims, una semana en Grecia, un mes en Italia, un día en Granada, para que se diesen cuenta de que la grandeza no es dimensión, y para que comenzasen a quemarse en esa llama del amor a la perfección, que puede construir en medio del océano de la vida, sobre el volcán de la civilización, la frágil ciudadela del arte.

IV. LA COMPRESION DE LA VIDA

Cuando mis hijos lleguen al colegio confío en que la educación ha de abrirles múltiples senderos hacia la comprensión de la vida. "¡Que mi hijo pueda estudiar historia," decía Napoleón; "porque la historia es la única filosofía verdadera y la única verdadera psicología". La psicología es casi siempre una teoría sobre la conducta humana; la filosofía es, con demasiada frecuencia, un ideal sobre la conducta humana: la historia es a menudo el archivo de la humana conducta. No podemos confiar en todos los historiadores, porque algunas veces, como se ve en Akbar, sienten la fascinación de sus personajes, y les otorgan todas las virtudes y los triunfos. Pero nadie tendrá la preparación requerida para ser un estadista, si no sabe ver su época en las perspectivas del pasado. Todo mozo y toda doncella, en los estudios superiores, debieran repasar, en ordenada recordación, la caravana de la historia; no según suele hacerse, comenzando por Grecia y Roma, cual si fuesen las viejas edades del mundo antiguo, sino con la Mesopotamia, el Egipto y Creta, de donde la civilización vino a desembocar en Grecia y en Roma, y, a través de ellas, en el Norte de Europa y en nuestra América.

En el segundo año de la Escuela Secundaria estudiarían las culturas clásicas, guiados por un texto tan perfecto como "Tiempos Antiguos", de Breasted, y no dejarían de dar por lo menos una mirada a la India de Buda y a la China de Confucio; en el tercer año estudiarían la Edad Media y el Renacimiento, el apogeo del Islam en Córdoba y Bagdad, las grandes épocas de la India bajo los Guptas y Mongoles, y el florecimiento de la poesía y el arte chinos en la Dinastía de Tang.

El primer año de Preparatoria estaría dedicado a la historia moderna e intentaría asimilar algunas de las riquezas de la cultura europea desde Lutero y León X, hasta la Revolución Francesa; en el segundo año, se seguirían las vicisitudes de la revolución y la democracia, de 1789 a la Segunda Guerra Mundial; y en el tercero se revisaría, ya con mejor comprensión que en los primeros años, la historia de América, desde los mayas e incas hasta nuestras actuales generaciones. No sería ésta sino una introducción a la historia, pues la inteligencia en estos años no puede abarcar los trabajos de Tucídides y Creto, Mommsen y Gibbon, Voltaire y Guizot, Rank y Michelet, Macaulay y Carlyle, Woodrow Wilson y Charles y María Beard. Pero se conseguiría dar al joven estudiante una completa perspectiva de los asuntos humanos, desde la primera pirámide hasta las últimas elecciones, perspectiva suficiente para que pensase y

actuase con mayor inteligencia en las posibilidades de su época.

Otra puerta que abriría a una mejor comprensión de la vida, nos la daría la ciencia, entendida actualmente no como una herramienta de conquista, sino como una descripción del mundo externo. Aquí empezarían todas las nebulosas hipótesis de los orígenes y evoluciones astronómicas; todas las valientes adivinaciones de la geología, relacionadas con la historia de la tierra; todas las teorías sobre el origen y desarrollo de la vida. Mejor que estas teorías convendría un primer estudio de la vida de las plantas y los animales, en los campos, los ríos y los bosques; también, sin duda, vendría bien un poco de trabajo de disección en el laboratorio; ante todo, una comprensión realista de la vida como asunto de hambre; desigualdad e inseguridad, competencia y cooperación, eliminación y selección, destrucción y creación, derramamiento de sangre, y ternura, paz y conflictos guerreros. Otro sendero aun más agradable que conduce a la comprensión, es la filosofía. En opinión de Platón este "amado deleite" no debiera ser permitido a los jóvenes, porque, dice el maestro, la juventud discurre sobre los problemas de la vida, no con apetito de verdad, sino con hambre ciega de victoria; se desgarran y se satirizan unos a otros, en la contienda, y la verdad, el objetivo, cae rota y andrajosa a sus pies. Sin duda el estudiante de Preparatoria debiera contentarse, en su último año de estudios, con un curso de historia de la filosofía; un curso centrado en las grandes personalidades, y que brindaría talento humano a las mentes juveniles. En tal curso, La República de Platón podría ser un texto suficiente; mediante el cual el estudiante vería qué antiguos son sus problemas actuales, y por cuantas centurias la naturaleza del hombre ha hecho estragos en los ideales de los filósofos y los santos. Entonces, mientras caminasen plácidamente por las praderas del pensamiento de Platón, podría el preparatoriano codearse un poco con Aristóteles, Zenón y Epicureo; con Lucrecio, Epicteto y Marco Aurelio; con Aquinas y Occam, Descartes y Spinoza; Bacon y Hobbes, Kant y Schopenhauer, Comte y Spencer, Nietzsche y Spengler. Si estos autores resultan difíciles para el joven, déjesele buscar la sabiduría a través de aquellos supremos escritores que transformaron la filosofía en drama, ficción y poesía; déjesele relacionarse íntimamente con Sófocles y Eurípides y Aristófanes, Dante y Shakespeare y Goethe, Hrdy y Destoievsky y Tolstoy. Ya se ganará mucho aun cuando sólo aprenda los nombres de los filósofos y deduzca de ellos la firme convicción de que existe esta cosa que se llama filosofía; en años posteriores, si la vida le concede ocio para la especulación, podrá volver a esos hombres, aferrarse a ellos con una fiera resolución de dominarlos y de construir con sus propias manos, en alguna cima, un discernimiento más claro, una aspiración más modesta y una menos áspera duda. Sin duda, ya en esas zonas de aire puro, él verá que todas las filosofías no son más que un solo tanteo, todas las fés, una sola esperanza; no tendrá ya en su corazón el deseo de luchar contra ninguna de ellas, ni el de rehusar la camaradería de su mente a ningún

credo honesto; una gran simpatía para todos los sueños del hombre, una amable comprensión para todos sus fatigosos caminos, le ensanchará y le hará más profundo, y conocerá entonces la paz y la simplicidad, la tolerancia y la catolicidad del hombre sabio.

V. FRAGMENTARIAMENTE

Es evidente que la educación no puede completarse en la primaria, la secundaria o la Universidad; todas estas instituciones nos ofrecen únicamente las herramientas y planos para otros estudios más avanzados, que conducen al dominio, al gozo y la comprensión de la vida. Nada he dicho todavía de los viajes, que, si son demasiado variados y precipitados, hacen la mente más superficial, y la confirman en sus prejuicios, pero que, si implican una comprensiva estancia en extraños escenarios, pueden revelar al espíritu cierta imagen de esa perspectiva total que es el miraje siempre fascinante de la filosofía. Nada he dicho tampoco de esas disciplinas técnicas cuya finalidad es preparar al estudiante en el camino de su vocación, porque no creo que estos estudios hayan de comenzar en los años de las cátedras. Yo reduciría a tres años el curso de Secundaria, y también el de la Preparatoria; dedicaría los primeros quince años de la educación para construir la base física, moral y cultural de la vida, y dejaría las técnicas específicas para las escuelas de postgraduados. Es mi esperanza que en el curso de mi vida la mitad de la juventud de América pasará por el colegio y la mitad de ésta pasará por tales escuelas graduadas y técnicas. Por cuanto a las aplicaciones de los inventos, serán tales que se necesitará un mayor número de bien formados técnicos y número menor de brazos y piernas. No hay razón para que los inventos, antes de la terminación del siglo, no consigan reducir casi todo el trabajo doméstico a trabajo mecánico, y permitan al hombre ser esencialmente un factor intelectual en la producción. El proletariado, en lugar de mandar, desaparecerá.

Yo creo que la educación europea es más esmerada en sus métodos y más fina en sus productos que la nuestra; en parte, debido a una más amplia y estable tradición que logra ahogar en la cuna modas y fruslerías, en parte merced a la concentración escolar en una menor variedad de temas; en parte debido a la separación de los sexos y el alejamiento, en la escuela, de las distracciones; en parte merced a exigencias más severas, respecto al estudiante, tanto por lo que ve a la cantidad de trabajo, como en lo relativo a la disciplina. No es posible esperar que rivalicemos con los mejores colegios de Europa en el curso de nuestra generación, porque el tiempo es el principal ingrediente de toda institución; pero debiéramos enviar a los mentores de nuestras escuelas normales a estudiar los métodos educacionales de Inglaterra, Alemania y Francia, con la esperanza de que supiésemos añadir aquellas excelencias a las nuestras, y lográsemos al cabo ir más allá.

A pesar de nuestras dificultades y nuestros sufrimientos en estos años de vacilaciones, estamos

bien situados en América para construir mejor que quienes mejor hayan construido. Tenemos en nuestro suelo un legado físico de inigualable riqueza, y en nuestra población un fondo todavía abundante de vitalidad, ingenio y talento. Tenemos en nuestras tradiciones, nuestras bibliotecas y escuelas, una asimilación cultural de continentes y edades, tan vasta en volumen y contenido que no hay mente que alcance a medir tal riqueza. Es función y elevado destino de la educación verter este legado de civilización en aquel fondo de vigor, para que los dones de la tierra sean explotados con mayor inteligencia; para que nuestra prosperidad se distribuya más anchamente, y para que nuestros ricos logren florear con maneras y morales más finas, con una literatura más profunda y un arte más sano. Yo no dudo de que sobre estas anchas bases de oportunidades educativas y posibilidades materiales, antes nunca conocidas, no logremos conseguir una sociedad y una civilización comparable con las mejores, y dejemos de ser capaces de añadir un tanto de talento y belleza a la herencia de la humanidad.

Nota Sobre Will Durant

La figura del americano WILL DURANT es una de las más ilustres del pensamiento pedagógico contemporáneo. Su actividad universitaria es de una riqueza excepcional y ofrece la gran sugestión de un hombre que se ha dedicado a la enseñanza pasando del Seminario Católico a los círculos radicales, para finalmente seguir la línea ideológica, de la que es interesantísimo testimonio el artículo que antecede. Will Durant tiene una larga carrera de catedrático universitario, y entre sus obras más interesantes figura la Historia de la Filosofía, resultado de las conferencias del autor dedicadas a auditorio de trabajadores, obra amena y sencilla que ha tenido un enorme y merecido éxito.

TRES LIBROS

HERMANN KNAUS.—LA FECUNDIDAD E INFECUNDIDAD PERIODICAS DE LA MUJER.

Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

Un estudio detenido, durante varios años, acerca de cada uno de los elementos e instantes de la fisiología de la fecundación, ha conducido al doctor Knaus, asistente ordinario de la Clínica Universitaria de Ginecología de Graz, a una revisión primero y a repudiar después, la tesis de que la mujer es capaz de ser fecundada permanentemente y a completar, con el medio natural y lícito desde todos puntos de vista de la abstinencia sexual durante los períodos de fecundabilidad, un método para la regulación de los nacimientos. No se ignora, en el estudio, que la teoría de la fecundidad periódica haya sido lanzada por varios au-

tores en distintas épocas, sino que la indeterminación precisa de los períodos de fecundidad e infecundidad, que había conducido a hacer dudosa la tesis, puede realizarse con los métodos del doctor Knaus con bastante exactitud.

El autor del libro que comentamos ha revisado las investigaciones sobre las posibilidades del óvulo y la duración de su vida, las de la célula seminal, las del cuerpo amarillo, y presenta así una verdadera estructura de funciones en que unos y otros elementos se ligan estrechamente, y sólo la coincidencia en un instante hace posible la fecundación. El óvulo, lleno de futuro, sigue el proceso de todo lo vivo si se logra o si fracasa: germina y crece cuando llega a tiempo la célula seminal; se marchita, decae, muere y se corrompe cuando permanece virgen. También el germen masculino no conserva su positividad indefinidamente y, al lanzarse en busca de su complemento, tropieza con demasiados obstáculos; durante algún tiempo se mueve, se agita, busca en la obscuridad del instinto y del milagro, el campo fértil para el extraordinario desarrollo y logro de sus finalidades.

Determinar el momento de la ovulación es lo básico para fijar el período de fecundidad, ya que el óvulo se mantiene fértil y capaz solamente un período de cuarenta y ocho horas. El doctor Knaus ha comprobado y completado las investigaciones que descubrieron la dependencia cronológica entre la ovulación, la aparición y desarrollo del cuerpo amarillo y la menstruación. Sus propios estudios le conducen a esta ley: la ovulación tiene siempre lugar quince días antes de la aparición de la menstruación. La dificultad consiste, pues, en la determinación más o menos exacta de lo que dura el ciclo menstrual en cada caso, tomando en cuenta las causas que lo alteran, y para ello el doctor Knaus aconseja la inscripción cuidadosa de las fechas en que principia el ciclo, para precisar la fecha de la ovulación. Tomando en cuenta el tiempo que dura el óvulo fértil, lo que tarda la célula seminal en encontrarlo desde el momento del coito, llega a establecerse que el período de la concepción posible, corresponde a cinco días, que son el de la ovulación, tres días que le preceden y el día que le sigue. Esto para los ciclos regulares de veintiocho a treinta días; pero en los casos de ciclos irregulares, el período de posible fecundidad debe variarse de la fecha en que se calcule la ovulación del ciclo más corto a la del ciclo más largo, tomando los datos, cuando menos, de un año.

Estas ideas abren el paso a la regulación de los nacimientos y a la generación consciente. Las viejas reglas de la abstinencia hacen posible el control. No serán los hijos, para las personas mejor educadas sexualmente, sobre todo en las mayorías de la población, ni una fatalidad irremediable o desgraciada, ni un azar; por el contrario, puede obedecer la concepción a un impulso que salga de lo más noble de la conciencia humana. No sólo eso, sino que puede ello realizarse en un tiempo en que la vida lata con plenitud absoluta en mujer y hombre.

Además, la abstinencia durante los períodos de fecundidad, resulta tan arraigada en los viejos motivos humanos, que aparta a las gentes que la vida